

Filósofos en 90 minutos

BERKELEY

en 90 minutos

La filosofía de Berkeley niega la existencia de la materia. Según él no existe el mundo material, sólo la experiencia, de modo que cuando algo no se ve, no existe. Entonces, ¿cómo es que el mundo persiste? Porque está soportado por la percepción continua de un Dios que todo lo ve.

Las ideas de Berkeley parecen llevar el empirismo hasta extremos absurdos, pero ¿no tenemos nosotros que abandonar el sentido común y lo obvio para progresar más allá de la existencia cotidiana? En *Berkeley en 90 minutos*, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Berkeley, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de escritos de Berkeley, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento y cronologías que sitúan a Berkeley en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.



Paul Strathern

Berkeley en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 2

ePub r1.0

Titivillus 12.11.15

Título original: *Berkeley in 90 minutes*
Paul Strathern, 2000
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Geo. Berkeley S.T.P.
Dec. Derensis.

Introducción

Berkeley pertenece a esa clase de filósofos que dan mala fama a la filosofía. Cuando se lee por primera vez su obra se piensa que es absurda. Y es verdad, lo es. La filosofía de Berkeley niega la existencia de la materia. Según él, no existe el mundo material.

La filosofía moderna fue iniciada en el siglo diecisiete por el filósofo francés René Descartes, quien sostuvo que el único conocimiento verdadero del universo se basa en la razón. Menos de medio siglo más tarde, el cartesianismo, como fue llamado, encontró la oposición del filósofo inglés John Locke, fundador del empirismo. Locke adoptó un punto de vista más próximo al sentido común al afirmar que el único conocimiento verdadero del universo se basa en la experiencia.

Fue quizás inevitable que la filosofía permaneciera durante mucho tiempo dentro de la camisa de fuerza del sentido común. Justamente veinte años después del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke apareció *Un ensayo acerca de una nueva teoría de la visión* de Berkeley, que liberó a la filosofía de la mayoría de lo que nosotros consideramos como realidad; y llevó el pensamiento empirista de Locke a conclusiones lejanas al sentido común. Según Berkeley si el conocimiento se basa enteramente en la experiencia sólo podemos conocer nuestra propia experiencia. No conocemos en realidad el mundo, sólo nuestra percepción particular de él. ¿Qué le sucede al mundo cuando no lo estamos experimentando? En lo que nos concierne, cesa simplemente de existir.

De modo que, según Berkeley, si algo no es visto es que no existe. Ésta es la postura que adoptan los niños cuando cierran apretadamente los ojos para evitar comer más espinacas o puré de

ciruelas. Pero para cuando hemos llegado al elevado *status* de comerlas espinacas y las ciruelas por separado (o ya no las comemos), hemos superado por lo general esta actitud. Berkeley no. Según él, el árbol no existe si no lo vemos o percibimos de algún otro modo, como tocarlo u olerlo. Por tanto, ¿qué le pasa al árbol? Berkeley era un hombre temeroso de Dios que llegó a obispo, lo que le indujo a encontrar una explicación ingeniosa de cómo persiste el mundo cuando no lo experimentamos. Su postura se explica con sencillez en las siguientes coplillas:

> Dijo una vez un joven, pensativo:
>
> Dios pensará que es muy raro
> que el árbol siga en el parque,
> existiendo,
> si no hay nadie por allí.

Y la réplica:

> Querido señor:
>
> Lo sorprendente es su asombro,
> pues siempre estoy en el parque,
> vigilando,
> y por eso sigue allí,
>
> pues lo observa
> su afectísimo
> DIOS

En otras palabras: podemos saber que el mundo existe sólo cuando lo percibimos, pero cuando no lo hacemos nosotros directamente está siendo sostenido por la percepción continua de un Dios que todo lo ve.

La conclusión empírica de Berkeley (no hay una realidad permanente) y su milagrosa solución (un Dios eterno y omnipresente) suenan a sofistería. La sensibilidad de hoy en día no tiene por lo general tiempo para trucos aparentemente intelectuales, que más parecen cosa de la Edad Media que de nuestra época científica. De modo que nos asalta la sorpresa cuando vemos que la física de las partículas subatómicas se ha visto forzada a sacar una

conclusión asombrosamente similar a la de Berkeley. Según el principio de indeterminación de Heisenberg, no es posible medir a la vez el momento y la posición de una partícula subatómica. Si se mide (esto es, si se percibe) una de los dos propiedades, la otra queda indeterminada. Así, en un sentido muy real, sólo la cualidad que es percibida (la posición medida, digamos) es real, y la otra cualidad (su momento: masa por velocidad) no existe de manera determinable. Únicamente podemos «conocer» aquella que estamos percibiendo. El otro elemento está, en cierto sentido, «allí» (como si fuera percibido por un Dios que todo lo ve), pero no puede alcanzar una existencia determinada hasta que lo percibimos.

La filosofía de Berkeley parecía llevar el empirismo hasta un extremo absurdo. Pero si llevamos las implicaciones de las suposiciones del sentido común hasta sus conclusiones lógicas, el resultado tiene a menudo muy poco que ver con las suposiciones «obvias» del sentido común de las cuales partimos. El sentido común es la manera en que intentamos manejar la vida cotidiana. Pero si queremos progresar más allá de la imprecisión y el embrollo de la existencia diaria para llegar a una verdad más cierta, frecuentemente tenemos que abandonar lo obvio. Como observó Einstein: «El sentido común es el cúmulo de prejuicios adquiridos a la edad de dieciocho años».

Vida y obra de Berkeley

Berkeley fue el primer irlandés (y el último) que hizo una contribución importante a la filosofía. Nació, el 12 de marzo de 1685; en la villa campesina de Kilkenny sesenta millas al suroeste de Dublín. Su padre fue un inmigrante inglés partidario del rey y con ínfulas de caballero; pero que en realidad era un joven oficial de dragones convertido en granjero.

George Berkeley fue criado cerca de Kilkenny, en una casa de piedra situada junto a la ribera del río Nore, a lado de la torre en ruinas del castillo de Dysert. La casa debió de ser originariamente uno de los edificios aledaños al castillo, y hoy está también hundida. La última vez que visité este lugar, todo lo que quedaba de la casa de Berkeley eran los restos de los muros derruidos cubiertos de hiedra. Al otro lado del campo está la ruina de la torre del castillo de Dysert, con los cuervos graznando por las almenas. Por debajo de las colinas boscosas, el sol del atardecer centelleaba en la curva del río.

Al cumplir once años, Berkeley fue enviado a estudiar interno al Kilkenny College, entonces la mejor escuela de Irlanda. El satírico Jonathan Swift y el dramaturgo William Congreve habían sido educados allí durante la década anterior. A la edad de quince años, Berkeley paso a un colegio universitario, el Trinity College de Dublín, que había sido fundado dos siglos antes por Isabel I para educar a uno de sus jóvenes admiradores ignorantes.

En 1704, cuando contaba diecinueve años de edad, Berkeley recibió la licenciatura. Es evidente que disfrutó de su época de estudiante, pues permaneció en Dublín durante unos pocos años «a la espera de obtener una beca».

Berkeley comenzó en ese tiempo a leer a Locke y al filósofo francés Malebranche, el exponente principal del cartesianismo. Berkeley compartía la opinión empirista de Locke de que todo conocimiento tiene su origen en los sentidos, pero se dio cuenta de que el resultado era un materialismo que no dejaba mucho lugar para Dios. Berkeley fue un hombre sinceramente religioso durante toda su vida, y resistió con firmeza cualquier tendencia al ateísmo. Pero ¿cómo podría mantener a la vez su empirismo y la fe en Dios?

Berkeley demostró ingeniosamente el error de la fe materialista de Locke. Señaló que, aunque derivemos nuestro conocimiento de la experiencia, ésta consiste sólo en sensaciones y no nos permite el acceso a una substancia material subyacente que pudiera originar estas sensaciones. Este argumento es profundo, a pesar de que pueda parecer absurdo, y condujo a Berkeley hasta su conclusión famosa: *esse est percipi* (ser es ser percibido); así superó, triunfante, el materialismo, pero le dejó el problema de qué sucede con el mundo cuando nadie lo está mirando. Como hemos visto, Berkeley sugirió que Dios mira siempre, siguiendo una opinión propia de Malebranche, quien sostuvo que los cambios no se producen por objetos que actúan entre sí según causa y efecto, sino por la acción continua de Dios sobre el mundo.

Berkeley expuso sus ideas en *Un ensayo acerca de una nueva teoría de la visión*, publicado en 1709, y *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, editado en 1710. Estas obras, que sacudieron los cimientos en que se basaban los filósofos anteriores, causaron sensación. Pero son difíciles de comprender, a menos que se tenga la resistencia de un corredor de carreras de obstáculos. Muchos lectores no pasan de la primera valla, que comienza con la frase siguiente: «Es evidente para quienquiera que haga un examen de los objetos del conocimiento humano que éstos, o bien son (1) ideas impresas en los sentidos, o bien son (2) percibidas atendiendo a las pasiones y operaciones de la mente, o, finalmente, son (3) ideas formadas con ayuda de la memoria y la imaginación, sea por composición y división, sea, simplemente; mediante la representación de las ideas percibidas originariamente en las formas antes mencionadas».

Por fortuna, Berkeley expuso sus ideas también en *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*. Éste es un texto mucho más manejable;

comienza con Filonús encontrándose al amanecer con un Hilas insomne bajo un «cielo púrpura»; y con las «notas salvajes y dulces de pájaros» que gorjean a su alrededor. Estos diálogos aclaran las ideas Berkeley que, como vimos; comenzaron en el sentido común para llegar; muy razonablemente; a lo irrazonable. No hay razón alguna por la cual la filosofía debiera adecuarse al sentido común (en verdad; solamente durante breves periodos la filosofía ha tenido que ver algo con él), pero la gente parecía esperar otra cosa; y Berkeley fue objeto del ridículo público y tuvo que ser, por tanto, defendido animosamente por todos los intelectuales contrarios a toda estrechez de miras.

No es de extrañar que muchos de los contemporáneos de Berkeley no pensaran en absoluto que fuera un empirista y lo vieran, en cambio, como un redomado metafísico. Hay algo de verdad en ello, a pesar de la insistencia de Berkeley en afirmar lo contrario. El empirismo de Berkeley lo convierte en un solipsista, es decir, en alguien que cree que solamente él existe en el mundo. Después de todo, si mi experiencia es la única realidad, ¿cómo puedo llegar a saber que existe otra persona? Todo lo que experimento cuando veo a otro es una colección de impresiones. A partir de esto, el sentido común podrá hacer que infiera que ese otro existe de modo muy similar al mío. Pero, en realidad, yo no experimento esto. Es una suposición que no se basa en ninguna percepción mía.

De manera similar, la idea de Berkeley de que el mundo se mantiene por la continua percepción de un Dios que todo lo ve no se apoya en la experiencia. Es metafísica, es decir, va más allá de cualquier conocimiento físico que podamos descubrir. Berkeley queda en la curiosa situación de ser un empirista cabal a la vez que un metafísico integral, una contradicción aparente. Pero esta contradicción está en el corazón de nuestra visión actual del mundo. La mayor parte de la filosofía moderna, y todo el pensamiento científico, se encuentran en una situación semejante. Antes de comenzar a buscar una explicación racional o científica del universo, debemos hacer primero varias suposiciones de gran alcance que no se derivan de la experiencia, y que son, por lo tanto, presupuestos metafísicos. Por ejemplo, suponemos que el mundo es consistente y, partiendo de ahí, que se adecua a las leyes de la

lógica tal y como las concebimos nosotros. Esto nos conduce a su vez a creer que esta realidad es conforme, de algún modo extremadamente preciso e íntimo, a las matemáticas. Hacemos una hipótesis igualmente importante al suponer que el mundo «se corresponde» de alguna manera con nuestra percepción. ¿Qué experiencia posible nos revelaría que nuestras percepciones tienen en absoluto algo que ver con lo que las origina? (Un paciente con los ojos vendados experimenta un dolor localizado extremadamente agudo. Podría ser producido por una aguja, un electrodo, la picadura de una abeja, una gota de ácido concentrado, etc. ¿Cuál fue? ¿A cuál de éstas situaciones *se asemeja* su dolor? No *se asemeja* a ninguna, naturalmente. Sólo a otras sensaciones similares, no a lo que pudiera haber sido su causa).

Otras suposiciones «obvias» están igualmente injustificadas. Veamos una de las leyes fundamentales de la lógica, el principio de identidad, que establece, básicamente, que una cosa es ella misma, y ninguna otra simultáneamente. Desobedecemos esta ley tan pronto nos enfrentamos a una obra de arte. El cuadro de un paisaje, por ejemplo, es visto a la vez como un paisaje y como un lienzo embadurnado con pigmentos de diferentes colores. Podría argüirse que lo que obtenemos en la percepción estética no es realmente conocimiento, pero aun así sigue siendo un componente importante de la manera en que percibimos el mundo. Siempre que miramos un cuadro, una imagen en una pantalla, o incluso palabras en una hoja de papel ocurre un proceso similar. Esto es una parte central de la experiencia, y contradice las leyes de la lógica.

Hay una prueba todavía más destructiva en contra de las suposiciones precognitivas, poco menos que inconscientes, relativas a la consistencia lógica. Hasta la propia ciencia ha de transigir con lo ilógico. El principio de identidad no se quiebra solamente en la percepción estética. Algo sorprendentemente similar tiene lugar en la moderna física cuántica, que establece que la luz puede ser considerada como formada tanto por ondas como por partículas. Esto desafía la consistencia lógica (una onda es simplemente un movimiento; una partícula es un objeto). Se ha argumentado que semejantes excepciones sirven para confirmar la regla general en lo que respecta a la consistencia lógica. Sea así o no, ciertamente confirman la noción de que la consistencia lógica es una hipótesis

metafísica, y que, como tal, no más (ni menos) firme que la idea de Berkeley de que el mundo se sostiene por la percepción continua de un Dios que lo ve todo.

Es interesante observar que esta última idea (o su equivalente) goza de una larga tradición en matemáticas. Los primeros matemáticos árabes, que hicieron avanzar este campo del saber, casi por sí solos, durante el periodo comprendido entre el declinar del mundo helenístico y el Renacimiento, desarrollaron su propia filosofía de las matemáticas; esto les proporcionó una justificación intelectual y espiritual de ellas. Según su filosofía, las matemáticas son la manera como trabaja la mente de Dios, y, puesto que Dios hizo el mundo, éste está obligado a funcionar de acuerdo con las matemáticas. Al aprender más de las matemáticas, aprendían más sobre la mente de Dios. Ésta es una idea profunda y hermosa, y como tal, ¡ella misma se asemeja a las matemáticas!

No es difícil vislumbrarla sombra de esta idea metafísica detrás de la noción de Berkeley de un mundo sostenido por la percepción de

Dios. En todo caso, esta concepción árabe informa realmente la idea de Berkeley. ¿Cómo ve en realidad el mundo la percepción continua del Dios que todo lo ve? Pues tal y como el mundo obedece las leyes de su pensamiento, es decir, sigue las leyes de las matemáticas y de la ciencia (o de la naturaleza). Tales leyes *son* la percepción de Dios. La concepción árabe de las matemáticas estaba naturalmente enraizada en la teología islámica, pero esto no impidió que fuera adoptada por el cristianismo. De hecho, persistió hasta mucho tiempo después de que las matemáticas árabes hubieran sido reemplazadas por la tradición europea desarrollada a partir del Renacimiento por personalidades de la altura de Descartes, Pascal y Fermat. Isaac Newton, contemporáneo de Berkeley en el siglo XVIII, creyó ciertamente en ella.

Esta idea fue sustituida al culminar el divorcio entre teología y ciencia. La filosofía moderna de las matemáticas prescinde de la idea de Dios, lo cual la deja en una situación curiosa. Sin Dios, ¿dónde existen las matemáticas? Y, ¿cómo existen? ¿Son, simplemente, nuestra manera de ver el mundo? En otras palabras, ¿habría una forma distinta de matemáticas para seres equipados con un aparato perceptivo diferente? Cuando un matemático

produce una teoría, ¿la ha descubierto, o la ha creado? ¿Nació por primera vez en su cabeza, o estuvo siempre en alguna parte esperando a ser descubierta? En otras palabras, ¿2 + 2 = 4 sería verdad sino existiera nadie (ni siquiera Dios) que lo pensara? Extiéndase ese 2 + 2 = 4 a las «leyes de la naturaleza» y se hace evidente la enormidad del problema. Se trata de los problemas últimos de la realidad. La solución de Berkeley podrá parecer fantástica y traída por los cabellos, pero al menos responde a estas cuestiones. Los filósofos científicos y matemáticos contemporáneos se encuentran todavía perplejos ante estos asuntos. Stephen Hawking termina incluso su *Breve historia del tiempo* afirmando que «de llegar a descubrir una teoría completa» (i. e., del todo), nos llevaría a «conocer la mente de Dios». Sin una filosofía metafísica que las fundamente (como la de Berkeley), semejantes afirmaciones frívolas de los científicos han de permanecer vacías de todo significado.

Dada la postura antimaterialista de Berkeley podría parecer extraño que escribiera una obra titulada *Un ensayo acerca de una nueva teoría de la visión*. ¿Es seguro que la noción toda de la visión está íntimamente ligada al punto de vista científico, materialista, del mundo? Dos son las razones principales para el énfasis de Berkeley acerca de este asunto. Primero, la invención reciente del microscopio y del telescopio habían producido una revolución en la idea de «visión». Por medio del telescopio, Galileo había sido el primero en ver los anillos de Saturno. Hooke, mirando por el microscopio, fue el primero que vio lo que denominó «células» en un organismo vivo. Toda filosofía nueva tenía que tomar en cuenta esta expansión hacia el microcosmos y el macrocosmos. (Según la filosofía medieval, todo ente del mundo había sido creado por Dios con un propósito, pero era difícil concebir cómo las células y los anillos de Saturno, por ejemplo, habrían de tenerlo, cuando habían permanecido desconocidos y no vistos desde el principio de los tiempos).

Pero Berkeley tenía una necesidad aún más urgente para atacar el problema de la visión. Es la vista lo que nos convence con mayor insistencia de la existencia del mundo que nos rodea. Lo vemos al abrirlos ojos. Claro está que el mundo existe; el sentido común (a través de los ojos) nos lo dice.

Berkeley se sumerge, por decirlo así, en este problema. Y el preciso análisis empírico que hace de nuestra capacidad perceptiva es a la vez magistral y (casi) convincente. ¿Qué sucede cuando percibimos, esto es, cuando vemos, tocamos, olemos, etc.? Dos entidades, y no más que dos, toman parte en el proceso. El sujeto perceptor y lo percibido. Esto último consiste, para nosotros, en color, forma, olor, etc. No hay nada semejante a algo material más allá de lo que percibimos. Lo que percibimos no tiene una «existencia absoluta» más allá de la percepción que tenemos de ello. Su ser es nuestra percepción. *Esse est percipi* (ser es ser percibido). No existe la materia, sólo la percepción.

Podremos encontrar difícil (o imposible en la práctica) manejar nuestra existencia cotidiana a este nivel. Pero el razonamiento de Berkeley es punto menos que irrefutable. Su biógrafo A. A. Luce llegó incluso tan lejos como a afirmar que la postura idealista adoptada por Berkeley «no ha sido contestada nunca más que con la tergiversación y el ridículo». La mayoría de nosotros elegimos no asumir la postura ridícula de Berkeley y preferimos confiar en la tergiversación del sentido común. Pero si somos escrupulosos y rígidos en la búsqueda de la verdad filosófica llegaremos a una posición similar a la sostenida por Berkeley.

Mientras tanto, Berkeley había sido nombrado *fellow* del Trinity College, y había sido ordenado en 1710 pastor de la Iglesia de Irlanda (protestante). Tres años más tarde, trató de probar su suerte en Londres. Por entonces, sus libros le habían hecho ya famoso, y el irlandés que creía que no existía la materia se convirtió en el personaje de moda para la sociedad de Londres. Fue presentado en la corte por Jonathan Swift, bebió borgoña y champán en el camerino del autor en ocasión del estreno del drama *Cato* de Addison, y descubrió que su ingenio irlandés estaba más que sobrado ante los petimetres y los intelectuales de los cafés. Según el poeta Alexander Pope, nada suave a la hora de juzgar caracteres, Berkeley estaba adornado de «todas las virtudes».

Todo esto suena demasiado bien para ser verdad, pero no hay ninguna prueba que contradiga la biografía definitiva, sorprendentemente aburrida, de A. A. Luce. (Durante mis años de estudiante en el Trinity College de Dublín asistí a las clases del Reverendo Luce, para entonces un vivaz y combativo septuagenario.

Seguía animosamente adherido a la filosofía idealista de Berkeley. Aquellos de nosotros que afirmaban de manera perversa que podría existir algo semejante a un mundo real eran calificados despectivamente de «materialistas»).

La biografía de Luce, que a pesar de la postura filosófica de su autor incluye muchísima información, no llega a captar del todo el carácter de Berkeley. En realidad, existen muy pocos datos de fuentes fiables que nos indiquen cómo era Berkeley realmente como persona. No parece haber incurrido en situaciones anecdóticas. No hay ninguna duda de su intensa inteligencia (necesaria para defender su filosofía), y parece haber encantado a todos los que le conocieron. En su retrato tiene un aire de empelucada gravedad anónima, y su rasgo característico más acusado parece haber sido que detestaba a los librepensadores —una aberración casi universal de la época—. Por lo demás, parece haber sido un hombre decente, modesto (a pesar de su fama en la sociedad), pero capaz de afirmarse a sí mismo, e invariablemente motivado por los más elevados principios. Su único defecto parece haber sido su filosofía. Uno de sus contemporáneos, el dramaturgo irlandés Oliver Goldsmith, sostuvo que Berkeley fue «el genio más grande o el mayor zopenco…

Quienes le conocían superficialmente pensaban que era un loco», mientras que era «un prodigio de sabiduría y de buen carácter para quienes compartían su amistad íntima». El hombre y su filosofía parecían hacerse entonces una sola cosa. Como vemos, hay mucho más en la filosofía de Berkeley que lo que se percibe de inmediato, aunque ¡él habría sido el primero en argüir lo contrario!

La preocupación más urgente a esa altura de su vida era su necesidad de un trabajo. Por fortuna, su amigo Jonathan Swift tenía buenas relaciones y al cabo de un tiempo le consiguió un puesto de capellán para el conde de Peterborough, que estaba a punto de ponerse en camino para ser embajador ante el rey de Sicilia. Berkeley acompañó al conde en su viaje al extranjero, y aprovechó su paso por París para visitar a Malebranche, el discípulo de Descartes que tanto le había servido de inspiración. (La mayoría de las fuentes están de acuerdo en que este encuentro tuvo lugar durante el primer viaje de Berkeley al extranjero, pero A. A. Luce, en sus constantes esfuerzos por hacer la vida de Berkeley aún más

descolorida, insiste en que no ocurrió en absoluto. Yo estoy convencido de que sí, y en esa coyuntura de la vida de Berkeley).

Malebranche era cura; en el momento de la visita de Berkeley sufría de una inflamación grave de los pulmones. Según Stock, biógrafo temprano de Berkeley, Malebranche se encontraba en su celda preparándose una medicina cuando llegó Berkeley. Se pusieron a conversar acerca de la asombrosa nueva teoría de Berkeley, que acababa de ser traducida al francés. Pero en palabras de Stock: «el tema de debate resultó ser trágico para el pobre Malebranche. Al calor de la disputa elevó tanto la voz y dio impulso tan libre a la impetuosidad natural de un francés de gran talento que provocó la exacerbación violenta de su trastorno, y eso fue causa de su muerte unos pocos días más tarde».

Por fortuna para la filosofía, Berkeley no tuvo ocasión de encontrase con otros filósofos importantes, y siguió con el conde de Peterborough hasta Livorno. Se descubrió allí que el coche y las insignias ceremoniales no habían llegado por barco y el embajador se negó a proseguir el viaje y asumir su nombramiento hasta estar equipado adecuadamente. Después de perder unos meses esperando junto con su enfadado patrón, Berkeley fue dejado en libertad y regresó a Londres, justo en el momento de la fracasada Rebelión Jacobita de 1715, una sublevación católica en Escocia que intentaba la restauración del heredero de Jacobo II.

Pasado un año desde su vuelta a Inglaterra, Berkeley consiguió un empleo como compañero de viaje de un joven inválido de nombre George Ashe, hijo de un obispo irlandés, que planeaba un gran viaje turístico por Europa. Fueron provistos de «cartas de crédito sin límite», y emprendieron los dos un periplo que había de durar cuatro años. Su diligencia fue atacada por un lobo cerca de Grenoble (Berkeley sacó su espada, Ashe disparó su pistola, y el lobo «se retiró muy tranquilamente, volviendo la cabeza de vez en cuando»). *Cruzaron* los Alpes en medio de una tormenta de nieve y Berkeley se quedó dormido en una sucesión de conciertos en Roma. Se pusieron a recorrer Italia, que en aquel tiempo era una especie de parque temático cultural y Disneylandia para los ricos ociosos del norte de Europa. Semejantes viajeros tendían a mirar a los naturales del país del mismo modo que miramos a Mickey Mouse y el Pato Donald, pero no dejaban de extasiarse delante del arte y la

arquitectura producida por esos personajes de dibujos animados. En Ischia; Berkeley se dejó llevar del entusiasmo con algo de exageración irlandesa; y aseveró que desde la cima de la isla «se tiene la mejor perspectiva del mundo; y se puede observar en un solo panorama una región de Italia de 300 millas de longitud».

En 1720 Berkeley regresó a Inglaterra, y en menos de un año publicó *De Motu* (Sobre el movimiento). Hace en este libro algunas importantes declaraciones científicas, rechazando las ideas de Newton acerca de un espacio, un movimiento y un tiempo absolutos. Las opiniones de Berkeley se ajustan misteriosamente a los hallazgos de la física moderna. Es difícil calibrar en qué medida era consciente de lo que estaba diciendo a este respecto. Hay quien sostiene que estaba en lo cierto, aunque por razones totalmente equivocadas; otros dicen que fue el «precursor de Mach y Einstein». Pero por lo que yo puedo colegir, Berkeley estaba interesado principalmente en defender su postura filosófica, más que en esbozar una teoría de la relatividad doscientos años antes de tiempo.

La Burbuja del Mar del Sur, el primer gran fiasco de la *city*, fue el gran acontecimiento de Londres en 1720. La Compañía del Mar del Sur había sido fundada originariamente para el comercio de esclavos llevados a Sudamérica. Debido a diversas maquinaciones, basadas en un mínimo de sustancia, las acciones de la compañía empezaron a subir bruscamente. Inversores de todas partes acudían a comprar y el precio se elevó por las nubes. Inevitablemente, la burbuja estalló, y un abanico amplio de inversores, grandes y pequeños, se arruinaron. En la investigación subsiguiente se encontró que estaban implicados en el fraude la ronda usual de ministros del gobierno, personajes del *establishment* y genios financieros. (A quienes permanezcan inocentes de cómo funcionan estas cosas les sorprenderá saber que la Compañía del Mar del Sur continuó activa en el comercio durante más de un siglo, hasta 1853, cuando ya hacía mucho tiempo que la labor del abolicionista William Wilberforce había puesto fin a la ostensible razón de ser de la compañía).

Este poco edificante episodio tuvo un profundo efecto en hombres decentes como Berkeley. Publicó *Un ensayo dirigido a prevenir la ruina de Gran Bretaña* y unos versos proféticos titulados

«El curso del Imperio se dirige hacia el Oeste». (De resultas de este título, que se convirtió en un dicho popular entre los primeros pioneros norteamericanos que emigraron hacia la costa del Oeste, la ciudad de Berkeley en California recibió su nombre por el del filósofo).

Berkeley pensaba entonces que el futuro de la civilización no estaba ya en la peligrosa Gran Bretaña y en Europa, sino en América. Se decidió a emigrar y bosquejó un plan para construir un colegio universitario en las Bermudas. Allí, «en las islas veraniegas» educaría a los hijos de los hacendados y a los aborígenes indios americanos. Después de la Burbuja del Mar del Sur, este noble plan captó la imaginación de la gente. Llovieron las subscripciones, el arzobispo de Canterbury fue nombrado fideicomisario, y el Parlamento votó una subvención de veinte mil libras esterlinas.

Simultáneamente, Berkeley recibió un legado de tres mil libras del testamento de una mujer llamada Hester van Homrigh, a la que apenas conocía. Ésta era la famosa «Vanessa» enamorada de Swift, amigo de Berkeley. Como es de rigor entre clérigos intelectuales, la vida amorosa de Jonathan Swift fue un fracaso. Se había casado en secreto con su hermanastra (o sobrina) Stella, pero tuvo una aventura con Vanessa (que estaba casada) en Londres. Para espanto suyo, Vanessa le siguió a su regreso a Dublín, donde era deán de la catedral de San Patricio. Finalmente, ella tuvo un hijo suyo, que fue probablemente criado por Stella (los detalles son convenientemente oscuros y discutibles). Parece ser que Vanessa se puso en contra de Swift antes de morir y, resentida, cambió su testamento en favor de Berkeley.

Nadie sabe realmente por qué fue Berkeley el elegido. Aseguraba que «nunca en toda su vida había intercambiado una sola palabra con ella», lo cual era una mentirilla, pues Swift le había presentado y había sido invitado a cenar a su casa varias veces, pero nada sugiere que Berkeley intentara algo con ella; no era en absoluto ese tipo de persona. De modo que el misterio permanece. Afortunadamente, las relaciones de Berkeley con Swift sobrevivieron a este episodio, e incluso se ha dicho que Berkeley quemó algunas cartas comprometedoras entre Vanessa y Swift que llegaron a su poder de resultas del legado. Para Berkeley, todo el asunto fue un acto de la Providencia para ayudarle en su plan de las

Bermudas.

Berkeley y Swift siguieron siendo amigos. Aunque les separaban dieciocho años de edad y una total disparidad de temperamentos, los dos tenían un abanico excepcionalmente amplio de intereses. No siempre estaban de acuerdo, pero los dos reconocían en el otro una mente de calibre suficiente como para poner a prueba sus propias ideas. Irónicamente, sin embargo, la postura filosófica de Berkeley respecto de las ideas en cuanto tales era claramente escéptica. «Otros podrán decir si poseen la maravillosa facultad de abstraer sus ideas; en cuanto a mí sí sé que tengo la facultad de imaginar, o de representarme a mí mismo, las ideas de las cosas particulares que he percibido, y de componerlas y dividirlas de diversas maneras». Explica a continuación cómo es capaz de imaginar un hombre con dos cabezas, o un centauro. Pero sus partes, tales como las orejas o los ojos, serán siempre particulares de forma y color. «De igual modo, la idea que me hago de un hombre tiene que ser de uno blanco, negro o pardo, recto o encorvado, alto, bajo o mediano». La figura que imagina es siempre precisamente particular respecto de sus cualidades perceptibles. «No puedo, por más que se esfuerce el pensamiento, concebir la idea abstracta».

Éste es un ejemplo típico del método particular y personal que tiene Berkeley de razonar. Es rígidamente empirista. Razona desde su propia experiencia, y sólo desde ella. En este caso, algunos críticos han sugerido una irregularidad peculiar del aparato perceptivo personal de Berkeley; dicen que no es usual que se tenga experiencia de las cosas de este modo, que todos somos capaces de formarnos la idea abstracta de un hombre, una manzana, un centauro, etc. Pero ¿es verdad? Es posible evocar una idea vaga, momentánea, general de una manzana, pero cuanto más la examinamos, más va adquiriendo características particulares —de color, tamaño, etc.—. Sin embargo, parecería que este razonamiento yerra en un caso importante, y es el relativo a la idea de número. En este caso, nuestras ideas son innegablemente abstractas, y así permanecen. La idea de cuatro no adquiere ninguna particularidad mayor por mucho que pensemos en ella.

Piénsese en 4 + 10. Durante la operación mental que da la respuesta a esa suma, ¿alguien identifica el número en particular como 4 o 4? La mayoría de la gente no es capaz de contestar esta

pregunta, o bien piensa que es irrelevante, es decir, conciben el «cuatro» como una idea abstracta, no como la representación de un numeral. Supongo que incluso Berkeley abstraería su idea usando la capacidad mental que decía no tener. Es difícil de entender cómo Berkeley cometió este error, pues, como veremos, fue un matemático excelente.

Para ser justo, hay que reconocer que Berkeley contaba con una respuesta a semejantes objeciones. De acuerdo con los planteamientos generales de su filosofía, afirmó sencillamente que los números no existen. Ésta es en verdad una postura original en un matemático, pero no hay duda de que Berkeley la sostuvo. Como vimos en nuestra discusión anterior sobre las matemáticas árabes y la mente de Dios, el *status* filosófico de las matemáticas ha sido tema de profundos debates durante mucho tiempo, y muchos filósofos han llegado a conclusiones diferentes. Pero la cuestión pareciera ser *cómo* existen las matemáticas, más que *si* existen. Berkeley es el único que parece dudar de lo segundo.

Por ese tiempo, Berkeley fue un visitante frecuente en la corte, donde la princesa de Gales mantenía reuniones filosóficas de salón. Había conocido a Leibniz y era aficionada a hablar de filosofía, si bien parece que solía decir muchas tonterías y que Berkeley se aburría hasta no poder más. Sin embargo, su diplomática actividad social habría de lograr pronto su propósito. En 1724 fue designado deán de Derry, un puesto bastante bien pagado que asumió mientras esperaba que terminaran con éxito los detalles del proyecto de las Bermudas.

Por entonces, Berkeley conoció a Anne Forster, hija del presidente del Parlamento irlandés. Había sido educada en Francia y se distinguía, según la mayoría de las fuentes, por ser «talentosa» y «alegre». No se dice si se enamoraron, pero, evidentemente, se hicieron amigos, y se casaron en 1728. En lenguaje de la época, hacían una buena pareja. Muchos de los detalles del proyecto de Bermudas habían sido ya resueltos (excepto el pago de la vital subvención del gobierno), de manera que Berkeley se embarcó con su esposa hacia América.

El matrimonio se estableció en Rhode Island, donde Berkeley compró cien acres de tierra desmontada (a diez libras el acre) con la idea de convertirla en una granja que sufragara los gastos del

colegio en las Bermudas. Se construyó también una casa, a la que llamó Whitehall (en recuerdo del entonces palacio real de Londres). Una fuente contemporánea la describe como «una anodina casa de madera», lo que ciertamente no es. Puede verse todavía a las afueras de Middleton si se conduce hasta llegar a tres millas al norte de Newport, Rhode Island. Es una casa de labranza de dos plantas con estructura de madera, sencilla pero sólida, con su puerta adornada por un frontón neoclásico.

Según fuentes locales fidedignas, Berkeley tenía la costumbre de pasear hasta la playa Sachuest cercana, donde se ponía a escribir en el refugio de Hanging Rocks. Predicaba con regularidad en la iglesia de la Trinidad de Newport, que había sido construida sólo unos pocos años antes de su llegada tomando como modelo las iglesias que Christopher Wren había edificado recientemente en Londres. Todavía está en pie esta bonita iglesia pintada de blanco, y su torre en aguja es un monumento local. Dentro hay un órgano con la inscripción «Donación del difunto Dr. George Berkeley, que fue Señor Obispo de Cloyne». Una hija de Berkeley, que murió siendo niña en ese periodo, está enterrada en el camposanto.

El censo que se hizo durante la estancia de Berkeley en Newport dio como resultado que la población estaba formada por «3.843 blancos, 949 negros y 248 indios». Newport era una de las ciudades más prósperas de América. El gran dinero provenía de la navegación, de los barcos que hacían el viaje triangular a África a recoger esclavos, atravesar entonces el océano hacia las plantaciones de las Indias Occidentales, donde vendían los esclavos y cargaban, para regresar con melaza, ron y doblones de oro. A Berkeley le repugnaba el comercio de esclavos, pero no hizo ningún comentario durante su estancia. Es posible que no se percatara de la medida en que la ciudad estaba implicada en este negocio. Tampoco tomó parte en ninguna de las disputas religiosas que surgían a veces entre los bautistas, los cuáqueros y los presbiterianos de la localidad; al parecer, todos acudían a escucharle predicar.

El viaje de Berkeley a América fue en gran medida una pérdida de tiempo. Tras esperar tres años, resultó que el gobierno decidió no concederle la subvención, después de todo. (El dinero fue desviado hacia necesidades más urgentes; fue dado como dote a la

Princesa Real). Berkeley regresó a Gran Bretaña, donde de nuevo se convirtió en un asiduo de la corte. La Princesa de Gales era ahora reina y deseaba saber todo acerca de su maravillosa estancia por América. Entretanto, Berkeley prosiguió sus ataques a los librepensadores editando *El analista*, o: *Un discurso dirigido a un matemático infiel*.

El «matemático infiel» en cuestión era Edmund Halley, con cuyo nombre fue bautizado un cometa. Halley era una de las principales mentes científicas de la época. No sólo había sido el primero en calcular la órbita de un cometa, sino que también fue lo bastante sabio como para corregirlas pruebas de los *Principia* de Newton. Por cuanto he sido capaz de descubrir, el único fallo de Halley fue su intento de fundar la meteorología como una ciencia seria. Pero, al parecer de Berkeley, había hecho algo peor al expresar la opinión de que «las doctrinas del cristianismo son incomprensibles, y la religión misma una impostura». Esto fue demasiado para Berkeley, cuya tesis principal en el *Discurso* era que la religión no era más incomprensible que las matemáticas. Según Berkeley, tanto las matemáticas como la religión descansan sobre fundamentos que están más allá del entendimiento. En realidad, Berkeley dio un paso más e intentó demostrar la falsedad de las matemáticas, en línea con su razonamiento de que los números no existen. El hecho de que usara las matemáticas para probarlo no parece haberle molestado lo más mínimo.

A pesar de semejantes, aparentemente, disparates, la argumentación de Berkeley tiene un significado profundamente filosófico. En verdad, el artículo ha sido celebrado por el historiador de las matemáticas Florian Cajori como «el acontecimiento más espectacular del siglo en la historia de la matemática británica». Puesto que el siglo XVIII fue también testigo de la matemática de Newton, uno puede suponer que Cajori creyó que Berkeley tuvo éxito en su prueba. Hacer avanzar las matemáticas con la consumada pericia de Newton es una cosa. Dar fin a toda la empresa ciertamente habría sido el acontecimiento matemático más espectacular del siglo.

El ataque principal de Berkeley a las matemáticas se centra en la noción de infinito. En matemáticas, una línea de longitud finita puede ser subdividida en un número infinito de segmentos

infinitamente pequeños. (El cálculo diferencial; que había sido descubierto recientemente por Newton y Leibniz, se basa en este principio). Berkeley argumentó que la idea de una línea de longitud finita divisible infinitamente encierra contradicción. La división de la línea debe continuar indefinidamente (para que se componga de segmentos infinitamente pequeños), pero, al mismo tiempo, debe cesar abruptamente (puesto que la línea llega a su fin). No es posible tener las dos cosas a la vez.

De manera similar, Berkeley argumenta que si una línea finita consiste en partes infinitamente pequeñas, éstas deben tener en alguna parte una longitud finita. ¿En que punto los segmentos infinitamente pequeños «crecen» hasta convertirse en segmentos de longitud finita? Tan pronto como transforman el conjunto en un segmento finito, este segmento, por muy pequeño que sea, es también infinitamente divisible. Entonces, ¿se convierten en finitos sólo cuando forman toda la línea finita? Pero ¿qué si la línea es un poco más corta? Preguntas semejantes pueden continuar hasta el infinito…

La respuesta de Berkeley es a la vez simple y lógica. No existe la divisibilidad infinita, de tal modo que, según las leyes de la lógica, la divisibilidad es, por tanto, finita. Esto significa que debemos encontrarnos al final con «átomos» de longitud. Berkeley era consciente de que semejante manera de pensar conducía a algunas conclusiones extrañas. Por ejemplo, se invalidaba el método geométrico de Euclides para dividir una línea en dos segmentos iguales. ¿Por qué? El método resulta imposible si la línea consiste en un número impar de átomos de longitud indivisibles.

Las objeciones de Berkeley a las matemáticas demostraron de hecho ser irrebatibles. Había «refutado», a su manera, las matemáticas. Como era un matemático de alguna habilidad, estaba dispuesto a conceder que las matemáticas ciertamente «funcionaban», pero con igual certeza había demostrado lo que quería, es decir, que las matemáticas están basadas en misterios tan insondables como los de la religión. Resultó que la «refutación» que hizo Berkeley de las matemáticas quedaría sin contestar durante más de un siglo. Hasta el descubrimiento de la geometría no euclidianano se constató que el espacio matemático y el espacio real son dos entidades enteramente distintas. La divisibilidad infinita es

posible en el espacio matemático, aunque sea imposible en la realidad.

Como ya hemos visto; Berkeley lanzó también un ataque osado a la ciencia en *De Motu,* igualmente adelantado a su tiempo y consistente con su propia filosofía; esencialmente no científica. La teoría de la gravitación universal de Newton implicaba las nociones de movimiento y espacio absolutos. En otras palabras, una cantidad espacial, tal como una cierta longitud, podía ser medida contra una escala absoluta permanente. Lo mismo se aplicaba a una cantidad temporal. ¡Ambas entidades eran totalmente fijas!

Berkeley sugirió que el movimiento absoluto no existe, que siempre debe ser relativo y referirse a entidades físicas. El movimiento es el modo como el mundo es percibido por el «Autor de la naturaleza», como Berkeley denominó a Dios en el curso de tales razonamientos. Si se equipara al «Autor de la naturaleza» con las «leyes de la naturaleza»; la filosofía de Berkeley se hace mucho más aceptable y comprensible para la sensibilidad moderna, pero Berkeley no habría, seguramente, aceptado la identidad de estos dos conceptos.

De modo que el movimiento no es absoluto, y no puede separarse del mundo. Lo mismo sucede con el espacio absoluto. Es, sencillamente, una idea abstracta que, a diferencia de la idea calificada de abstracta de una manzana, no podemos revestir de particularidades. ¿Cómo es de grande el espacio absoluto? ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo podemos percibirlo? También el espacio es relativo y es una parte del mundo: el espacio es el modo como el «Autor de la naturaleza» percibe el mundo. Las ideas de Berkeley sobre estos aspectos fueron en gran parte desconocidas por los científicos hasta comienzos del siglo XX. La teoría de la relatividad de Einstein ve el espacio y el movimiento en gran medida como fueron concebidos por Berkeley; aunque sin sus supuestos idealistas.

Como resultado de soportar largas horas de aburrimiento en la corte; Berkeley fue recompensado en su momento con un nombramiento. Fue designado obispo de Cloyne, una diócesis del suroeste de Irlanda. Este histórico obispado había sido fundado en el siglo sexto por San Colombano, que renunció a la iglesia disgustado porque estaba convencido de que la fecha adoptada para la Pascua era incorrecta. Ahora; Cloyne volvería a tener un obispo

que pensaba que el resto del mundo andaba con la hora equivocada.

Berkeley y su familia (que ahora incluía varios niños) cruzaron el mar hasta Dublín e hicieron después el largo viaje hacia el suroeste; a través de las montañas Knockmealdown, hasta la remota y pequeña villa de Cloyne. Berkeley había de vivir allí; en la sede obispal; durante los siguientes dieciocho años (1734-1752). (La casa donde vivió se quemó en 1870; pero se dice que la sencilla sede obispal actual es muy similar). Sus seis hijos crecían, su mujer llevaba la granja (que empleaba a más de cien peones) y la familia fue el foco de la vida social local, a la vez que el centro de la caridad durante los inviernos duros y cuando fallaba la cosecha de patatas.

Debe recordarse que Berkeley era protestante, además de tener ascendencia anglo-irlandesa. La población católica mayoritaria vivía sometida y, a menudo, en la extrema pobreza. Eran víctimas del prejuicio racial inglés y del temor de que una invasión católica desde Europa usaría Irlanda como puerta trasera de Inglaterra. Berkeley, igual que su amigo Swift y muchos otros anglo-irlandeses bien pensantes, estaba horrorizado por el trato que recibía el campesinado irlandés, sumido a menudo en hambrunas extendidas. Swift sugirió una solución a este problema en su panfleto *Una modesta proposición*: no tenía por qué haber hambre en Irlanda, pues los irlandeses podrían alimentarse fácilmente si se comían a sus propios hijos. Ni siquiera este amargo sarcasmo pudo conmover la opinión popular de Gran Bretaña.

(Una interpretación marxista del pensamiento de Berkeley asegura que toda su filosofía es un reflejo de la situación política. Si no percibes algo, no está ahí. No veáis a los pobres; y no existirán. Como muchas interpretaciones semejantes; ésta es altamente ingeniosa, una fuente potencial de innumerables intuiciones interesantes —políticas, psicológicas y filosóficas— y una falsedad total. Desconoce farisaicamente la campaña persistente de Berkeley acerca de la difícil situación de los irlandeses. Semejantes ideas son más arte que interpretación).

El interés de Berkeley en la cuestión social fue mucho más allá de la campaña activista. El conocimiento práctico que tenía de los asuntos irlandeses le condujo a especular acerca de métodos para remediar los apuros de su país. Estos métodos formaron la base de

El pesquisidor, publicado en 1737. Por entonces, el pensamiento económico estaba todavía en su infancia. *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, que es reconocida por lo general como la obra fundadora de la economía clásica, no se publicaría hasta 1776, casi cuarenta años más tarde. No obstante, algunas de las ideas de Berkeley muestran una comprensión honda e imaginativa de cómo funciona el comercio y de cómo podía estimularse la prosperidad. El pensamiento de Berkeley concurre en esto con la famosa máxima de Marx «los filósofos han interpretado el mundo de diversas maneras, la cuestión está en cambiarlo». Berkeley, naturalmente, no fue un precursor del marxismo y, como hemos visto, el impulso principal de su filosofía se dirigía hacia la interpretación del mundo.

El Pesquisidor toma la forma de seiscientas «pesquisas» que intentan ser de naturaleza inquisitiva o retórica. Berkeley fue uno de los primeros en reconocer que el oro no es la medida real de la riqueza, ni a la escala nacional ni a la personal. La virtud real del oro reside en el uso que se le puede dar. Una pesquisa pregunta retóricamente: «¿Hay alguna virtud en el oro o en la plata otra que la de poner a la gente a trabajar, o a crear industrias?». La riqueza de una nación radica en el trabajo y en la diligencia de sus ciudadanos. Berkeley pregunta de manera llamativa: «¿Hubo nunca, hay, o habrá una nación laboriosa pobre, o una ociosa rica?». En opinión de Berkeley, los problemas de Irlanda tenían su origen en la desidia y el atraso de su población indígena, si bien admitió que no era su propia culpa. Irlanda sufría porque una gran proporción de sus tierras eran propiedad de terratenientes absentistas que vivían en Inglaterra y no veían en sus fincas más que una fuente de ingresos. El abandono de estas fincas era la causa de una población extremadamente pobre y abatida. Como corolario, el país carecía de exportaciones que superaran las importaciones útiles, lo cual habría contribuido a generar comercio. La compasión cristiana y su inclinación personal condujeron a Berkeley a una conclusión fundamental. La meta de toda política económica debe ser el bienestar de los que tienen menos. Se preguntó: «¿Puede llamarse pobre a un pueblo bien alimentado, vestido y alojado?». La pobreza y el hambre, azotes de Irlanda, podían ser eliminados.

Berkeley reconoció también la importancia de los bancos en cuanto a la generación del comercio. Sirvió de «aguijón al comercio

el hecho de que la propiedad pudiera ser tan fácilmente trasladada y tan bien asegurada mediante una *compte en bank* [cuenta corriente], con sólo cambiar un nombre por otro en el libro del banco». Los bancos centrales habían sido establecidos con éxito en Ámsterdam, Londres y Hamburgo, aunque la idea no prosperó en Francia, donde colapso el primer banco nacional causando un desastre financiero aún mayor que el de la Burbuja del Mar del Sur (que estalló el mismo año). El Banco de Inglaterra, por su parte, demostró serlo bastante resistente como para capear la Burbuja del Mar del Sur. Berkeley abogó por el establecimiento de un Banco Nacional en Irlanda.

La filosofía económica y financiera de Berkeley suscitó un gran interés. Hubo no menos de diez ediciones de *El pesquisidor* publicadas durante su vida y, casi con seguridad; Adam Smith recibió el influjo de algunas de sus ideas. Pero el énfasis puesto por Berkeley en Irlanda y su situación particular hicieron que sus ideas no ejercieran una influencia tan extendida como muchas teorías económicas menos enraizadas en la realidad. No obstante; sus ideas fueron clarividentes. Durante los duros años de la Segunda Guerra Mundial; cuando Irlanda, neutral, quedó aislada y muy empobrecida, se emprendió un vano intento por reavivar la economía aplicando algunas de sus ideas.

Berkeley se interesó por el arte durante los últimos años de su vida. Había un Van Dyck entre los cuadros de la sede obispal, y entre los integrantes de su casa se encontraban un maestro de música y un tutor de arte. Parece ser que el obispo rigió una vivienda extensa y bastante abigarrada. Un «patriota» local vino a pasar un tiempo y nunca se marchó; dos clérigos se instalaron allí, además de un cierto número de «tías», por no mencionarlos criados, media docena de niños, varios perros de *pedigree* y obediencia escasas, un cordero con lazo, y un burro. En una ocasión en que la familia fue de excursión de un día a Killarney, el grupo principal del obispo necesitó catorce camas (aparte del acomodo de criados y lacayos).

Mientras tanto, Berkeley se iba estropeando poco a poco. Estaba ya en los cincuenta con claro aspecto de mediana edad. Según la mayor parte de las fuentes, vivía «una vida sedentaria», no hacía prácticamente ningún ejercicio, engordaba y sufría cada vez más de

problemas respiratorios y circulatorios, así como de ataques de «cólicos nerviosos». Se volvió un poco chiflado. Hay quien dice que esta leve excentricidad era cultivada, otros que natural, y otros incluso que su comportamiento era sorprendentemente normal en un miembro del *establishment* clerical de la época. En 1744 publicó un tratado denominado *Siris, una serie de reflexiones filosóficas e investigaciones sobre las virtudes del agua de alquitrán*. Estaba convencido de que el agua de alquitrán curaba todas las enfermedades. No había nada de secreto o complejo en esta medicina milagrosa, que no era otra cosa que lo que pretendía ser: alquitrán y agua. Había varias recetas para su preparación, pero todas venían a ser lo mismo. Algunos sugerían hervir el alquitrán en agua, otros machacarlo. Se dejaba después reposar el agua durante varios días y, sencillamente, se bebía, es de suponer que apartando la hez, a menos que quisieras tener dientes negros.

El tratado sobre el agua de alquitrán de Berkeley fue un éxito de ventas en toda Inglaterra; la gente empezó a beber agua de alquitrán incluso en los cafés de moda de Londres. Indigestión, bilis, gota, meningitis, hidropesía, todo resultaba aliviado con esta cura milagrosa, a juzgar por las cartas de agradecimiento que recibía Berkeley.

Continuó entretanto viviendo la vida de un obispo irlandés de pueblo. Con el fin de atenuar la pobreza del distrito, comenzó a vestirse con la ropa producida con materia prima local por las esposas de los porqueros y los cultivadores de patatas. Una descripción contemporánea de su atuendo habla de «malas ropas y peores pelucas». Gustaba de pasar alguna tarde con sus amiguetes «hablando mal de los alemanes y con admiración del rey de Cerdeña», o recibía la visita del gigante irlandés de la localidad; Cornelius Magrath; que media casi ocho pies de altura a la edad de quince años. Y de pronto; un día; Berkeley decidió que ya era bastante. Hizo los baúles con su hogar y marchó con esposa e hijos a Oxford.

Corría el año 1754 y tenía casi setenta años. Su estado físico se había deteriorado hasta el punto que tuvo que ser trasladado en camilla por caballos. En Oxford puso casa en la calle Holywell; con el fin de estudiar en Christ Church; donde cursaba estudios su hijo George. Berkeley fue un padre tolerante. Un día; el joven George

llegó a la calle Holywell para presentarle las cuentas a su padre; y dijo: «Me avergüenza decir; señor; que he gastado seiscientas libras en seis meses». Berkeley replicó: «No en vicios; estoy seguro, hijo mío». Aprobó las cuentas; se aseguró de que fueran pagadas las deudas y las quemó sin hacer más preguntas. (Esta suma debió de incluir gastos sorprendentes, incluso en aquellos tiempos; podían haberse comprado con ella varios caballos de carreras).

Cinco meses después de haber llegado a Oxford, su hija le estaba leyendo un sermón una noche de invierno con él tendido en un sofá. Al finalizar; ya estaba él frío y rígido. El buen obispo había muerto.

Recientemente; la nueva biblioteca del Trinity College de Dublín; fue bautizada con el nombre de Berkeley; un tributo adecuado. Berkeley; por su parte; había recordado que: «las humedades y las soledades mohosas de la biblioteca [no tenían] fuego de hogar ni nada que me protegiera de las heridas de la nieve que golpeaba constantemente en la ventana y forzaba su entrada en aquella mezquina mansión». Quizá fue ésta la condición que inspiró una filosofía que afirma que el mundo material no existe, con tal que desconozcas su existencia.

De los escritos de Berkeley

Es evidente para quienquiera que haga un examen de los objetos del conocimiento humano que éstos, o bien son ideas impresas en los sentidos, o bien son percibidas atendiendo a las pasiones y operaciones de la mente, o, finalmente, son ideas formadas con ayuda de la memoria y la imaginación, sea por composición y división, sea, simplemente, mediante la representación de las ideas percibidas originariamente en las formas antes mencionadas…

Además de esta innumerable variedad de ideas u objetos del conocimiento, existe igualmente algo que las conoce, o percibe, y realiza diversas operaciones sobre ellas, como son el querer; el imaginar; el recordar; etc. Este ser activo que percibe es lo que llamamos *mente, espíritu, alma, yo,* con las cuales palabras no denoto ninguna de mis ideas, sino algo que es enteramente distinto de ellas, dentro de lo cual existen, o, lo que es lo mismo, algo por lo cual son percibidas; pues la existencia de una idea consiste en ser percibida.

Tratado sobre los Principios del conocimiento humano, Parte 1, Sec. 1, 2

La mesa en que escribo, digo que existe, esto es, la veo y la siento; y si yo estuviera fuera de mi estudio, diría que ella existe, significando con ello que, si yo estuviera en mi estudio, podría percibirla, o que otra mente la percibe realmente. Había un olor quiere decir que fue olido; si digo hubo un sonido, significo que fue oído; un color o una figura determinada fueron percibidos por la vista o el tacto. Eso es todo lo que puedo entender en estas o parecidas expresiones. Porque lo que se afirme de la existencia absoluta de las cosas que no piensan, sin ninguna relación con el hecho de que

sean percibidas, es perfectamente ininteligible. Su *esse* es *percipi;* y no se concibe su existencia fuera de las mentes o seres pensantes que las perciben.

Tratado sobre los Principios del conocimiento humano, Parte 1, Sec. 3

La conexión entre las ideas no implica la relación de *causa* y *efecto,* sino lo que hay entre *marca* o *signo* y la *cosa significada*. El fuego que veo no es causa del dolor que experimento al tocarlo; es una señal que me lo advierte… La razón de por qué las ideas se agrupan en máquinas, es decir, en combinaciones ordenadas, regulares y dispuestas con arte, es la misma que hay para combinar letras que forman palabras. Para que un pequeño número de ideas primarias pueda significar un número muy grande de efectos y acciones es necesario que se combinen de diversas maneras… De aquí resulta evidente que las cosas, bajo el aspecto de una causa cooperante o concurrente a la producción de efectos, son del todo inexplicables… el investigar estos signos y esforzarse por comprender este lenguaje (si así puedo llamarlo) del Autor de la naturaleza debería ser el único trabajo del filósofo de la naturaleza, en vez de intentar explicar las cosas por causas corpóreas, que es lo que ha alejado al entendimiento humano de aquel Principio Activo, de aquel supremo y sabio espíritu «dentro del cual vivimos, nos movemos y somos».

Tratado sobre los Principios del conocimiento humano, Parte 1, Sec. 65, 66

Algunas verdades son tan próximas y tan obvias que el hombre sólo necesita abrir los ojos para verlas. Tal me parece que es esta que sigue, de gran importancia, a saber: que todo el coro de los cielos y los seres de la tierra, en una palabra, todos los cuerpos que componen la maravillosa estructura del universo sólo tienen substancia en una mente; su ser consiste en ser percibidos o conocidos. Por consiguiente, en tanto que no son percibidos actualmente por mi no existen en mi mente

o en la de otro espíritu creado, o bien no existen en absoluto, o bien subsisten en la mente de un espíritu eterno; siendo cosa del todo ininteligible y que implica todo el absurdo de la abstracción el atribuir a uno cualquiera de los seres una existencia independiente de un espíritu.

Tratado sobre los Principios del conocimiento humano, Parte 1, Sec. 6

Descripción de James Boswell de la famosa «refutación» del Dr. Johnson a Berkeley, que le pareció igualmente «prójima y obvia» a quien la propuso:

Después de salir de la iglesia, nos quedamos durante algún tiempo hablando juntos de la ingeniosa sofistería del obispo Berkeley en prueba de la no existencia de la materia, y de que toda cosa del universo es meramente ideal. Observé que, a pesar de que creemos que su doctrina no es verdadera, es imposible refutarla. Nunca olvidaré la prontitud y el ánimo con que respondió Johnson, dando un puntapié con gran fuerza a una piedra, «La refuto *así*».

James Boswell, *Vida de Johnson*

Una crítica efectiva hecha por un contemporáneo de Berkeley, más perceptivo de la dirección según la cual estaba evolucionando el pensamiento humano:

Al abandonar el mundo material, del que Berkeley pensaba que se podía prescindir sin ninguna pérdida, confiaba en afianzar el mundo del espíritu mediante una división inexpugnable. Pero ¡ay!, el *Tratado sobre el entendimiento humano* socavó caprichosamente los fundamentos de esta división, y anegó todo en un diluvio universal.

Thomas Reid, *Una investigación de la mente humana*

La crítica moderna de Bertrand Russell en referencia a Tres diálogos entre Hylas y Filonús:

Filonús dice: «Todo lo que es inmediatamente percibido es una idea, y ¿puede existir una idea fuera de la mente?». Esto requeriría una larga discusión sobre la palabra «idea». Si se afirma que pensamiento y percepción consisten en la relación entre sujeto y objeto, sería entonces posible identificarla mente con el sujeto y sostener que no hay nada «en» la mente, sino sólo objetos «delante» de ella.

Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental*

John Wheeler, el físico norteamericano contemporáneo que acuñó el término «agujero negro»:

Ningún fenómeno es un fenómeno *real* hasta que es un fenómeno *observado* [cursivas suyas].

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d. C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.

1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
1543	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones,* inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.
1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano,* conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación,* introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.
1889	Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.
1921	Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus,* proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.
1920-1929	El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.
1927	Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.
1943	Sartre publica *et le néant (El ser y la nada),*
L'être	
	adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.
1953	Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de Berkeley

1685	Nace el 12 de marzo junto al castillo de Dysert, Kilkenny, Irlanda.
1696	Asiste al colegio de Kilkenny.
1700	Ingresa en el Trinity College de Dublín.
1704	Se licencia en la mencionada universidad.
1707	Publica *Aritmética*. Es elegido *fellow* (miembro de la junta de gobierno) del Trinity College de Dublín.
1709	Publica *Un ensayo acerca de una nueva teoría de la visión,* su primera obra filosófica importante.
1710	Es ordenado pastor. Publica la primera parte de *Un tratado relativo a los principios del conocimiento humano,* donde despliega su nueva filosofía.
1713	Publica *Tres diálogos entre Hylas y Filonús,* donde expone su idealismo de manera literaria. Es ya famoso en toda Europa.
1713-1714	Viaja a París y se encuentra con Malebranche; unos pocos días antes de la muerte del filósofo francés.
1716-1718	Emprende un gran viaje por Europa como acompañante de un

	inválido llamado George Ashe.
1724	Abandona Trinity College después de veinticuatro años para ser deán de Derry.
1728	Casa con Anne Forster, hija de un juez. Se embarca hacia América y se instala en Providence, Rhode Island, mientras espera poder realizar su proyecto de colegio universitario en Bermudas.
1731	Regresa a Londres al no llegar el apoyo financiero para el colegio universitario de Bermudas.
1734	Es consagrado obispo de Cloyne. Publica *El analista, o: Un discurso dirigido a un matemático infiel,* obra en que ataca la certeza filosófica de las matemáticas.
1744	Publica *Siris, una serie de reflexiones filosóficas relativas a las virtudes del agua de alquitrán,* que pronto se convierte en un éxito de ventas.
1752	Abandona Irlanda y se instala en Oxford.
1753	Muere el 14 de enero en Oxford; donde es enterrado en la capilla de Christ Church.

Cronología de la época de Berkeley

1687	Newton publica *Principia,* donde presenta la ley de la gravitación universal.
1688	La Revolución Gloriosa depone al católico Jacobo II. El protestante Guillermo de Orange es invitado a ir desde Holanda para ascender al trono inglés.
1690	Las tropas invasoras de Jacobo II son derrotadas en la batalla del Boyne, que asegura a los británicos la posesión de Irlanda.
1703	Muere el diarista Samuel Pepys.
1704	Muere John Locke, fundador del empirismo.
1714	A la muerte de la reina Ana, Jorge de Hannover es invitado a ser rey de Inglaterra y sube al trono con el nombre de Jorge I. Muere en Versalles Luis XIV, el Rey Sol.
1715	Primera rebelión jacobita en favor del católico Jacobo Eduardo
1716	Muere el filósofo alemán Leibniz.
1720	La Burbuja de la Compañía del Mar del Sur: el colapso de las acciones en el mercado de Londres produce fuertes pérdidas financieras.
1726	Swift publica *Los Viajes de Gulliver.*

1727	Muerte de Newton.
1732	Nace George Washington en la colonia británica de Virginia.
1735	Hogarth publica su serie de grabados conocidos como *La vida de un libertino*, donde satiriza las costumbres de la época.
1745	Segunda rebelión jacobita, capitaneada por el príncipe Bonnie Charlie, que invade Inglaterra desde Escocia.
1746	El ejército rebelde escocés es masacrado en la batalla de Culloden.

Lecturas recomendadas

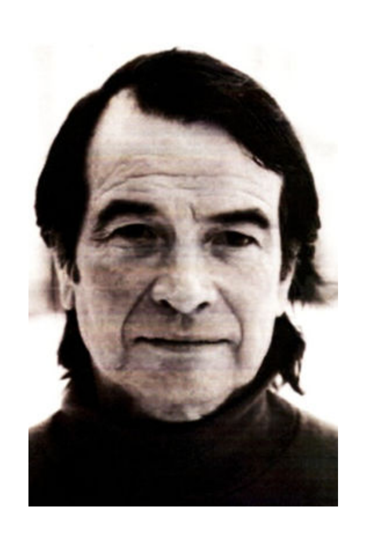
- Berkeley, George, *Three dialogues between Hylas and Philonous,* ed. por Robert M. Adams (Hackett, 1979) (*Tres diálogos entre Hilas y Filonús*, Alianza, 1995). El filósofo expone sus ideas en forma de diálogo platónico y las hace más asequibles, aunque esto podría parecer algo forzado al gusto moderno.
- Berkeley, George, *A treatise concerning the principles of human Knowledge*, ed. Kenneth Winklern (Hackett, 1982) (*Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, Altaya, 1995). Difícil de leer, pero vale la pena el esfuerzo para aquellos espíritus independientes que deseen adquirir por sí mismos una comprensión más profunda.
- Berman, David, *George Berkeley: Idealism and the man* (Oxford University Press, 1996). Lo más próximo a una biografía moderna que se puede conseguir hoy.
- Hausman, David B. y Hausman, Alan, *Descartes legacy. Minds and meaning in early modern philosophy* (University of Toronto Press, 1997). Sitúa el pensamiento de Berkeley en el contexto de la revolución filosófica moderna.
- Jesseph, Douglas M., *Berkeley's Philosophy of Mathematics* (University of Chicago Press, 1993). Para quienes deseen continuar explorando las combativas ideas de Berkeley sobre este fascinante tema.
- Luce, A. A., *The life of George Berkeley* (Nelson, 1949). Sigue siendo la biografía estándar, aunque hace tiempo que no se reedita y han aparecido informaciones nuevas desde su publicación. Se puede conseguir aún en la mayoría de las grandes librerías.

Índice onomástico y temático

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos
17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *bestsellers “Los Medici: Padrinos del Renacimiento”; “Napoleón en Egipto”*; y *“El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica”*. Su más reciente trabajo *“El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova”* salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.